

EPÍLOGO

«Apenas hay hoy un científico o un investigador digno de tomarse en serio, inclusive en la economía burguesa, capaz de negar que con las fuerzas productivas técnicamente existentes, sea posible, tanto material como intelectualmente, la eliminación del hambre y la miseria...».

HERBERT MARCUSE

El fin de la Utopía

HAN pasado casi catorce años desde que llegamos a México el 12 de octubre de 1955, fecha que consideramos de buen augurio: era nuestro descubrimiento de América. Desde entonces nunca he sentido el más leve remordimiento de haber dejado Checoslovaquia ni de haberme apartado del comunismo. Al contrario, cada vez me alegro más de haber tomado a tiempo esa decisión. No se confirmaron las negras predicciones del camarada Moix y ningún agente imperialista se acercó a presionarme. Como tampoco lo hicieron los agentes comunistas, he podido recuperar mi libertad y vivir tranquilo entre los dos bandos. No pude colocarme de investigador o de profesor universitario porque mi complicada biografía despertó en todos lados justificados recelos. Di clases en varios colegios de refugiados españoles; colaboré en centros de documentación y en una enciclopedia; traduje y redacté artículos científicos y libros de texto; pero mi ocupación principal ha sido, desde comienzos de 1956, la de asesor médico de un laboratorio farmacéutico.

Al llegar a México pedí permiso para regresar a España, y hasta es posible que me hubiera ido a radicar allá, si las autoridades españolas me lo hubieran autorizado. Por fortuna, lo pensaron durante cinco años, y cuando lo recibí lo utilicé para hacer una última visita a mi

madre gravemente enferma. Entonces me di cuenta del grave error que hubiera sido volver a España con carácter definitivo. Mi presencia despertó demasiada sensación, había sido ilusoria mi idea de pasar desapercibido. Para vivir en paz tendría que aceptar el papel de «rojo arrepentido», lo que lesionaría gravemente mi dignidad y me haría caer en una situación parecida a la que viví en los países comunistas. Mientras los vencedores no acaben de una vez por todas con el espíritu de la guerra civil, mi puesto está y estará en el bando de los vencidos. Por este motivo no acepté la ayuda que me ofrecieron las autoridades españolas y volví a la emigración y a México, donde a la muerte de mi madre se nos unieron mi hermana y su hija. Consideramos una suerte haber tenido la oportunidad de haber venido a México, y creo que en ningún otro país nos hubiéramos adaptado tan sinceramente. Tanto las tradiciones del pasado como las realidades del presente nos identifican con su pueblo y sus problemas. Mis hijas han crecido aquí, no se consideran extranjeras, y tengo nietos mexicanos que me ligan aún más a esta tierra que no pienso abandonar.

Me aparté del comunismo no por sus fines, sino por sus métodos, pero ni me pasé al bando contrario, ni me desentendí de la inquietante realidad de esta época de crisis total de ideologías y regímenes políticos. De un lado, el capitalismo «agonizante», con los EE. UU. a la cabeza, ha sido capaz de un enorme desarrollo de las fuerzas productivas, su sistema económico ha resultado muy eficiente para crear grandes riquezas y bienes materiales, pero está enmarcado en estructuras políticas anticuadas y corrompidas que, aunque formalmente reconocen las libertades individuales, subordinan todo a la expansión comercial e industrial sin eliminar las injusticias sociales, ni las desigualdades entre los hombres y entre los pueblos. De otro lado, en el mundo comunista nunca se llegó a la abundancia material de bienes tantas veces prometida. Seguramente sus ciudadanos producirían más

y con mayor espíritu creador si se sintieran libres. La denuncia de los crímenes de Stalin abrió una esperanza de liberación, pero sus mediocres herederos se aferran al poder y reprimen con dureza a los descontentos y reformadores, dentro y fuera de sus fronteras. Los procesos a los intelectuales, los confinamientos en cárceles y manicomios, la agresión a Hungría y la invasión de Checoslovaquia son hechos que demuestran hasta qué punto siguen encerrados en sus contradicciones.

Esta situación ha llevado a la confusión ideológica y a serias divergencias a los hombres que en uno u otro lado luchan por el mejoramiento de la sociedad. En Occidente la oposición a lo establecido, mezclando frases marxistas con actitudes anarquistas, considera la violencia y las guerrillas como la gran solución, despreciando cualquier conquista política o social, lo que parece tan anticuado como las consignas reclamando libertad e independencia de los jóvenes del mundo comunista.

Pero el mayor peligro para la humanidad está en la lucha por la supremacía mundial entablada por los colosos que están o intentan estar a la cabeza de los dos campos. La historia está llena de estas pugnas, origen siempre de ruina y desolación, pero la amenaza actual de una hecatombe nuclear ha convertido esta lucha por la supremacía en algo estúpido. Primero, porque la carrera armamentista consume cada vez mayores recursos, que unidos a los exigidos por la competencia en la conquista del espacio, permitirían convertir en un vergel a la mayor parte de las regiones inhóspitas del globo. Segundo, porque cualquier intento de cambiar las condiciones políticas de un país de una zona de influencia es considerado como al servicio de la zona contraria, con lo que se está reteniendo la evolución natural y necesaria de gran cantidad de pueblos. Tercero, porque en los puntos fronterizos de las dos zonas, inevitablemente surgen choques, a los que acuden inmediatamente con armamento, y si es necesario con tropas, los grandes países con la idea de no perder posiciones o de adquirirlas. Tal ocurre en el

Vietnam y en el cercano Oriente, con lo que se tiene a la humanidad siempre al borde de la histeria, pues la paz es, o debería ser, indivisible.

Esto es tanto más trágico porque ocurre en una época en que la ciencia tiene posibilidades de resolver casi todos los problemas del hombre. Visto desde una nave espacial nuestro planeta es un pequeño disco coloreado de azul, pero visto desde abajo es un pequeño infierno dividido en campos antagónicos preparándose para destruirse, para lo cual tratan de convertir al hombre en un autómatas que sufre, pero no piensa. De ahí esas olas de rebeldía que azotan cada vez más a países e instituciones, incluso las de reconocida estabilidad, como la Iglesia católica, y de ahí también la confusión ideológica que padecemos y los infinitos grupos y «poderes» que idealizando la violencia se estrellan contra los potentes aparatos estatales, a los cuales incluso refuerzan en lugar de debilitar, y que no hacen más que caracterizar una época que pasará a la historia como ejemplo de desconcierto.

¿Dónde estará la solución? Urge crear una nueva ideología que dé sentido a todas las rebeliones, que justifique tantos esfuerzos y sacrificios y, sobre todo, que dé un nuevo sentido a la vida del hombre. Decía antes que la ciencia está en condiciones de resolver todos los problemas de la humanidad; pero desgraciadamente la filosofía no ha sido capaz de seguirla. Ideologías caducas, éticas insuficientes y filosofías trasnochadas han llevado al hombre a la desorientación, cuando no a la desesperación. Habrá que esperar a que surja algo nuevo. De lo que hay ahora, queda por probar la fusión del socialismo con la libertad, fórmula inédita y única bandera bajo la cual merecería la pena luchar, con la esperanza de que abriera un camino a nuevas ideologías y a la paz, el bienestar y la unidad de todos los pueblos de la tierra.

Domingo, 6 de abril de 1969